



El hombre que quiso volar, Juan María Balbontin

J.R. Martínez

*Yo el primero entre muchos mexicanos
imité el espectáculo ya visto
de alzarme al éter con ligera barca
y navegar del aire los abismos.*

J.M. Balbontin, 1839

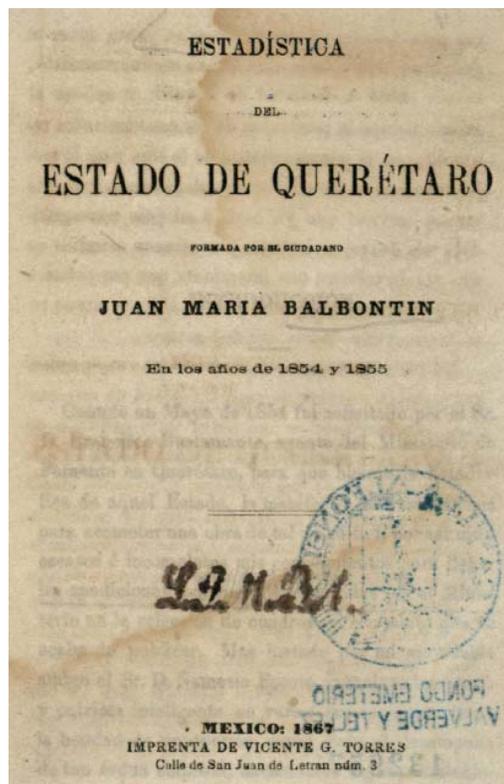
Soplaban los vientos independentistas cuando en 1809 en la Villa de los Armadillo, hoy Armadillo de los Infante, en honor a los introductores de la imprenta en San Luis Potosí, nacía Juan María Balbontin Vargas, en la aún Nueva España, hombre controversial, inquieto y apasionado por la experimentación y la ciencia. Creciendo en un ambiente donde las mejoras tecnológicas eran comunes y donde, además las instituciones para educarse estaban ausentes o en el mejor de los casos escasas, como en la capital del estado, decidió estudiar para profesor de primeras letras en la ciudad de México, donde se recibió en 1830. Al recibirse concursó para dirigir la escuela Lancasteriana de primeras letras en San Luis Potosí, consiguiendo la plaza. De esta forma se involucra en la educación de la niñez potosina, aprovechando para enseñar y difundir temas de ciencia, que no eran comunes en la educación de primeras letras. Interesado también en las artes, no sabemos si estudió en academias como la de San Carlos o de forma autodidacta, instaló una academia de dibujo por el año de 1836, después de haber renunciado a la dirección de la Escuela Lancasteriana previniendo la epidemia del cólera que amenazaba la ciudad y que prefería estar en compañía de su familia en su pueblo natal.

El interés en el dibujo orientó a una gran cantidad de personajes durante el siglo XIX a interesarse por las mejoras tecnológicas relacionadas con la captura de imágenes, sean en litografías, daguerrotipos o técnicas fotográficas primitivas que comenzaban a desarrollarse en esa época. Juan María Balbontin está considerado como el introductor de estas técnicas en San Luis Potosí, cuestión que si bien no ha podido confirmarse con mayores datos, si es factible por lo antes expuesto. Fue común que los estudios o academias de dibujo estuvieran asociados con estudios fotográficos, y sobre esto existen muchos ejemplos, como el caso de otro personaje Tomás de Cuellar que radicó en San Luis a fines de la década de los sesenta decimonónicos. Este interés lo mantuvo Balbontin durante mucho tiempo, instalando en la ciudad de México un estudio fotográfico en la década de los cincuenta, cuando se retira del profesorado.

Se involucró en varios estudios y obras a los que se dedicó desde la década de los cuarenta del siglo XIX. Escribió otras obras dirigidas a los niños y la juventud, como recordatorio de su actividad de profesor. Algunos de estos estudios y libros son los siguientes:

En 1843 cuando su amigo y compañero de lucha en el partido liberal, Ponciano Arriaga ocupaba la secretaría del Departamento de San Luis Potosí, dieron a conocer junto con Mariano Ávila y Manuel Escontría, el folleto ¡Perderemos toda esperanza!, en el que proponían solucionar la escasez de agua en San Luis Potosí por medio de una obra de irrigación para el fomento de la agricultura, idea que se haría realidad con la Presa San José que se construiría de 1869 a 1907, entre trámites, interrupciones y reinicios de trabajos.

En 1854, Francisco Bustamante agente del Ministerio de Fomento de Querétaro, le encomendó el estudio geográfico y estadístico del estado de Querétaro, obra que publicara en 1867 en la imprenta de Vicente G. Torres, y que representa un documento de valor para la geografía y estadística de aquel estado. La obra llevó por título: Estadística del estado de Querétaro, misma que fuera aprobada en junio de 1855, por Miguel Lerdo de Tejada y por Basilio Arrillaga jefe de la sección de estadística del Ministerio de Fomento.



Esta obra sigue siendo un referente en la actualidad pues algunos trabajos de investigación actuales, continúan referenciando la obra de Balbontin, por ejemplo: “Importancia de proteger pequeñas áreas periurbanas por su riqueza avifaunística de: el caso de Mompaní, Querétaro, México” de Pineda, Febvre y Martínez; y “Noteworthy records of aquatic birds in the state of Querétaro, México” de Pineda y Arellano, ambos en la revista Huitzil, por citar algunos.

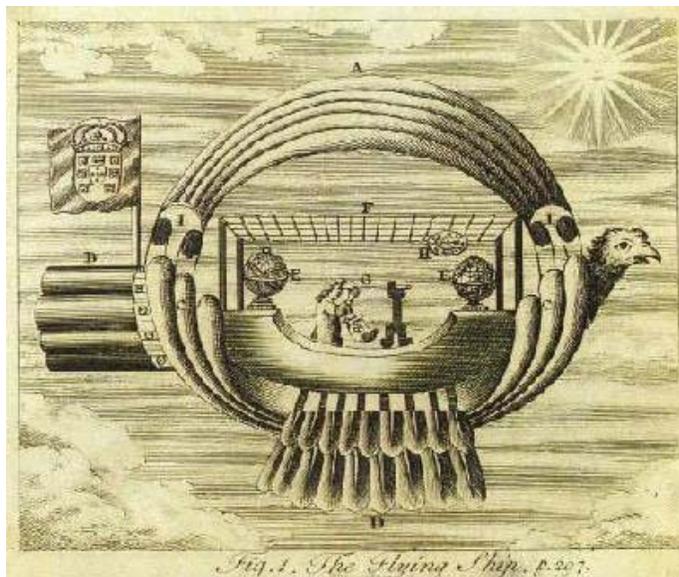
En 1861 presenta al Congreso Nacional su propuesta: Proyecto de Hacienda, presentada al soberano congreso nacional, México, Tipografía de Navor Chávez. Publica el tratado elemental de aritmética en 1878, mismo año que aparece publicado el libro: 98 máximas y sentencias filosófica y morales para uso de las clases de lectura en las escuelas primarias, y que habían sido publicadas en el Mensajero y en el Monitor Constitucional meses antes. Este libro fue impreso en la imprenta de Francisco Díaz de León, y tuvo un costo de 25 centavos, como reza la portada del mismo.

En cuanto a la figura de Balbontin, las notas aparecidas con motivo de su muerte en la *Unión Democrática*, que fungía como el Periódico Oficial del Estado de San Luis Potosí en 1883, reflejan sus aportaciones y la visión que la sociedad de su tiempo tenía hacia su persona, y sugieren la forma de su muerte:

“Balbontin un liberal de principios fijos y adelantado a la época en que vivió en esta ciudad, donde se dedicó con ahínco al estudio de la ciencia. Cuando residió aquí, ejerció el profesorado mucho tiempo, enseñando a la niñez ramos que entonces eran raros, e instruyó a sus discípulos con acierto e inteligencia. Entregado a nobles especulaciones introdujo la fotografía y el daguerrotipo, dos ramos que entonces no estaban generalizados. Siempre emprendedor, y amante de la tierra donde vio la luz, pretendió algunas mejoras de importancia para esta ciudad y fue de los primeros en proyectar la erección de la Presa de San José, obra que llevará pronto a cabo, por su gran utilidad, el capital extranjero. Ocupó varios puestos importantes, en la administración y últimamente representó al Estado en el Congreso de la Unión. Deja escritos varios folletos, sobre asuntos de gobierno y para instrucción de la juventud. Hay aberraciones incomprensibles: el Sr. Balbontin, se abrió por su mano las puertas del no ser, cuando había sufrido las vicisitudes consiguientes a una vida de mas de ochenta años.”

Primer experimento con máquinas voladoras en el país

El espíritu inquieto de Balbontin, lo llevó a planear experimentos con globos aerostáticos, que habían despertado la curiosidad de los mexicanos, con motivo del muy publicitado primer vuelo en el país, impulsado por el empresario general Manuel Barrera Dueñas que en 1833 había contratado y traído desde Cuba al francés Adolphe Theodore quien se presentaba como “físico astronauta” para efectuar dicho viaje. El cual, después de varios intentos, se suspendió definitivamente, hasta que el propio empresario, a fin de recuperar lo perdido, contrato al también francés Eugenio Robertson, quien tenía mayor reputación que Theodore, a quien llegaron a calificar de charlatán. A partir de 1835 comenzaron los preparativos para el vuelo de Robertson, y desde ese momento despertó el interés de Balbontin en el tema y se marcó una meta: lograr convertirse en el primer aeronauta mexicano, en el sentido estricto de la palabra, donde implicaba diseñar y construir su propio aerostato.



El 12 de febrero de 1835 Robertson soltó el lastre y el globo ascendió hasta perderse de vista, quien sin necesidad de entrar bailando cayó o descendió en Chalma. Esta ascensión representaba la primera realizada con tripulante a bordo en el país.

Varias fueron las ascensiones realizadas por Robertson que de esta forma estimulaba el interés de aventureros mexicanos interesados en la ciencia e ingeniería y que escribirían eventos importantes y de trascendencia en cuestión de vuelos aerostáticos, así como mejoras e innovaciones a los implementos de vuelo. De los nombres conocidos y que se registran como los primeros vuelos por mexicanos se encuentran Benito León Acosta y Joaquín de la Cantolla, quienes incluso, formaron una compañía de vuelos logrando la concesión para cualquier ascensión que se quisiera realizar en el país. Todo esto después de 1843. Benito León Acosta realizó su primera ascensión el 23 de abril de 1842, y sus primeros vuelos están ampliamente documentados.

Poco se habla de nuestro personaje que a todas luces realizara el primer experimento en el país, tratando de hacer volar, no sólo un globo aerostático, sino una máquina más pesada que el aire. Experimento que fuera realizado en el centro de la ciudad de San Luis Potosí en 1840. Sin embargo, a diferencia del caso de León Acosta, sus intentos no están debidamente registrados por las crónicas, lo que dificulta estudiar su aportación.



En el primer cuarto del siglo XIX se comenzaron a realizar experimentos de lanzamientos de globos aerostáticos; desde 1782 comenzaron a divulgarse la diversión de los globos voladores en base de aire caliente y para diciembre de 1824 ya era una costumbre, como fueron las demostraciones con que la ciudad de San Luis Potosí celebró la rendición del Castillo de San Juan de Uluá. Al parecer, en esa época el plato fuerte de las fiestas cívicas, era el lanzamiento de globos. Sólo faltaba lograr lanzar globos con tripulantes. Después de las ascensiones logradas por Robertson en México, donde en cierta ocasión invitó a una señorita mexicana convirtiéndose en la primer conacional en emprender un vuelo, Benito León Acosta y Juan María Balbontin se aprestaban para realizar las primeras pruebas de ascensión en el país, realizadas por mexicanos.

El cuarto viaje aéreo de Robertson en el país lo realizaría a nivel del mar en Veracruz, así en 1839 se hacían los preparativos para este viaje que se planteaba como uno de los últimos por los altos costos que representaban, a pesar de los boletos que solían venderse para apreciar las ascensiones. Crónicas de la época hablaban del mencionado viaje: “Sus investigaciones para la perfección del arte aerostático, así como sus numerosos experimentos, han proporcionado ya datos muy interesantes a las ciencias naturales y por los cuales los físicos le están muy reconocidos. Creemos que esta ascensión hecha a la orilla del mar, en donde los riesgos se multiplican, excitará el más vivo interés de los espectadores sobre el valiente aeronauta”.

En este marco Balbontin apuraba sus preparativos que había estado realizando hacia varios años y no sólo planeaba sino anunciaba la realización de su experimento con globo aerostático para el 16 de septiembre de 1839 en el marco de las fiestas por la independencia de México, mismas que intentaría realizar en San Luis Potosí. Llegado ese día se lanzaron algunos globos como número solemne y uno de ellos, el más grande, iba provisto de un muñeco que representaba la ascensión del francés Eugenio Robertson efectuada poco antes en la ciudad de México. Este globo con seguridad, sería el globo diseñado y preparado por Balbontin aunque en su lugar el muñeco que representaba a Robertson ocupaba su lugar. Lo más seguro es que Balbontin se preparaba, no sólo para emprender el vuelo sino lograr que la ascensión pudiera ser dirigida y controlada a voluntad y no sólo una ascensión aerostática, para lo cual se enfocó en preparar una máquina voladora más pesada que el aire. Un ingrediente más adelante en las ambiciones de Balbontin y por lo mismo una aportación extraordinaria, no realizada nunca antes en el mundo entero.

Como Balbontin solía realizar experimentos de diversa índole, lo llevó a diseñar y experimentar con máquinas voladoras, que en un principio fueron enfocadas al diseño de globos aerostáticos. Su experimento es considerado un rotundo fracaso, pero en realidad falta mucho por investigar y colocar en el lugar que le corresponde su aportación.

En 1839 el profesor Juan María Balbontín junto con Mariano Gordoa comenzaron a experimentar y construir artefactos más pesados que el aire con los que pretendían elevarse por los aires, obtuvieron el permiso del gobierno del estado y realizaron sus experimentos en el actual centro histórico de la ciudad. En 1840 Balbontin y Gordoa tenían todo preparado para probar su máquina que era más que un simple globo aerostático, de la azotea de la casa que en la actualidad es ocupada por el Casino Español, en la calle de cinco de mayo; daban sus primeros aletazos y se lanzaban al vacío, cuyo piso estaba provisto de paja que el gobernador, quien había dado el permiso, mandó instalar ante la incomodidad de los prospectos a aeronautas, cuya capacidad se ponía en duda con semejante acción. Que de algo sirvió pues a los pocos aleteos del par de potosinos en pocos segundos estaban en descenso cayendo en el piso empajado. Los accidentados estuvieron presentes y se les retiró el permiso para volar sus aparatos, pero no segaron en continuar con sus experimentos que realizaron con gran entusiasmo.

No creemos que haya sido un rotundo fracaso como suele afirmarse, fue un experimento que permitiría rediseñar su aparato y tratar de lograr su objetivo contribuyendo al desarrollo aéreo en el país. Pero no se les permitió seguir con su empeño. Como quiera queda registrado como el primer experimento con máquinas voladoras tripuladas en el país, y de lo cual los potosinos debemos estar orgullosos. El experimento de Balbontin y Gordoa, aunado a los experimentos de comunicación inalámbrica realizados por Estrada en los ochenta decimonónicos, de radiación cósmica por Gustavo del Castillo y el diseño y lanzamiento de cohetes en Cabo Tuna, ya en el siglo XX, sitúan a San Luis Potosí como **cuna de la experimentación espacial en México**

Terminamos reproduciendo un escrito de Balbontin sobre sus pretensiones, que llevó a cabo el 16 de septiembre de 1839 en las fiestas por la independencia nacional en San Luis Potosí, donde un muñeco ocupó su lugar, para dejar espacio a un experimento de mayor envergadura.

Quedaba el aire, aún no dominado por el hombre, hasta que el inmortal Montgolfier descubre la aerostación en su primer grado y en carro veloz hiende los vientos en medio de las aclamaciones de sus compatriotas.

De aquella época siempre memorable han sido tales los adelantos humanos en esta ciencia, que no es ya de dudarse que presto se consigna dar dirección a los globos y navegar por el aire con mayor majestad, con mayor gusto y acaso con mayor seguridad que por las anchas y peligrosas ondas del océano.

¿Y serán los mexicanos los únicos proscritos de la república de las ciencias? ¿Lo serán los sanluiseños?

Tal fue la idea que se imprimió en mi cerebro desde que Eugenio Robertson anunció su primera ascensión aerostática en la capital de la República. Latió con fuerza mi corazón y yo no sé qué oculto presentimiento me pronosticaba que algún día tendría el arrojo de imitarle; se fijó en mi cabeza desde entonces tan atrevido proyecto, sin ocultárseme los riesgos de una empresa semejante, así como que para ejecutarlo me era indispensable tener una acumulación de conocimientos de alta categoría, y para esto eran menester recursos que mi escasa fortuna no me podía proporcionar. Sin embargo, haciendo sacrificios comencé desde aquella época a adquirir libros que tuvieran relación con la ciencia, si no es tratan de ella misma, y haciendo numerosas experiencias he llegado a despejar la incógnita y a estar seguro, en lo que cabe, no sólo de construir por mi mismo la máquina, sino de hacer efectiva una ascensión.

Invito a mis conciudadanos a contribuir eficazmente para realizar tan grandioso proyecto, apuntándose en una suscripción que queda abierta desde este momento en mi casa, con todas las formalidades necesarias, para mi ascensión que verificaré en el glorioso día 16 de septiembre del corriente año.

A todos los que se dignaren honrarme con su confianza, yo les informaré más ampliamente de las razones que me asisten para estar seguro del buen éxito, las dimensiones del aerostato, su fuerza ascensional y el costo que así él como su inflamación pueden tener. La gloria que en ello podrá caberme será propia del país de mi nacimiento, participarán de ella todos mis conciudadanos, pagando mi afanes con usura cuando pueda decir:

Yo el primero entre muchos mexicanos
imité el espectáculo ya visto
de alzarme al éter con ligera barca
y navegar del aire los abismos.

El hecho responderá de las palabras del aeronauta mexicano si para prepararlo ha de contar con el auxilio de sus compatriotas.

Juan Balbontin. San Luis Potosí, febrero de 1839.

